



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# ¿TU MUERTE? MI DERECHO A LA VIDA

Joel González Rodríguez



PRIMER PREMIO 2015

## ¿Tu muerte? Mi derecho a la vida

Joel González Rodríguez

*We have discovered the secret of life!*

(Mr. Crick y Mr. Watson, 1963)

Primero fue ella, mi madre. Juro que lo intenté, Dios sabe que yo todavía era una cría. No pude hacer nada, simplemente se la llevaron. No paró ahí, siguieron viniendo, cada vez con más frecuencia. Soy la última, se acaban de llevar a mi hermana y esta vez lo intenté todo, pero fue en vano. ¿Por qué a mí? Ya no me queda nada. Nada, excepto odio, un odio que abrasa. Han pasado nueve días. Demasiados... No me queda mucho tiempo. Tengo que salir de aquí, pero ¿cómo? Ya es tarde y todo está oscuro, por suerte no estoy del todo sola. A lo lejos se aprecian algunas luces, son débiles, a veces tiemblan, pero me ayudan a no desvanecerme. Luego, con el alba se asustan y se ocultan. Ellos vienen y, créeme cuando te digo que no sabes lo que es el miedo, yo también me escondería si tuviera dónde, no las culpo.

Mañana es el día, ya no queda nadie. Por fin... Demasiadas preguntas sin contestar en todo este tiempo. ¿Me llevarán a mí?, ¿cogerán a otro?, ¿a dónde trasladarán a los seleccionados?, ¿qué les harán?, ¿sufrirán mucho?, ¿por qué...? Sabíamos que no nos esperaba nada bueno. ¿La razón? Antes de que yo llegara algo había salido mal. Aquella escena despellejó cualquier atisbo de esperanza que le quedara a alguno de los allí presentes. Dicen que lo mataron sin más. ¡Plas! Nadie habla de ello, solo sé que agonizó durante varios minutos detrás de la enorme cristalera, tirado en el frío metal. Murió a la vista de todos. Tan cerca y a la vez tan lejos... ¿Qué sentido tiene vivir así?

No estoy preocupada, es de noche. ¿La última? Puede ser, pero ¿qué más da? Sigue siendo de noche. Nada pasa en la inmensa oscuridad. Todo está en silencio. No hay nadie. Nadie que se acuerde de mí. Nadie que me mantenga viva cuando ya no esté. Nadie a quien importe. Ya no queda nadie.

Sin embargo, hubo un tiempo donde éramos muchos, luego fuimos pocos, pero por aquel entonces éramos tantos que nos habíamos organizado en una estructura jerárquica efímera. Al principio llegaban nuevos cada pocos días que reemplazaban a los que ya no estaban y no volverían a estar. ¿Sirvió para algo? No, no sirvió para nada, pero sí para todo. Planificamos cientos de planes perfectamente imperfectos para salir de aquel infierno. ¡Qué ingenuos! Nadie vence al diablo. Y aquí seguíamos, atrapados, hambrientos y con falta de aire.

Había una rejilla en el techo, es cierto, pero era tan fina que las motas de polvo no tardaron en obstruirla. Algunos nos desmayamos varias veces. No suena bien, lo sé, pero créeme, después de la tercera dejas de preocuparte. No obstante, ahí estábamos todos juntos luchando por la misma causa. Éramos una familia, nos queríamos y apoyábamos en los malos momentos. A veces, incluso nos olvidábamos por unos segundos de dónde estábamos, luego la realidad nos acorralaba y atormentaba con el desprecio propio de ésta. Entonces, ¿sirvió de algo? Sí. ¿Por qué? Porque el fin daba igual, estábamos condenados, solo importaba el camino.

Mientras tanto el reloj seguía caminando. Ya solo queda una hora para la media noche. Es tarde. Pero también temprano. Temprano para conocer mi porvenir y tarde para preocuparme. Pocas cosas me inquietan ya, pero no te engañes. No, no lo sé, no sé qué es la felicidad. Dicen que bien vale una vida. Una vida que yo no tengo. Una vida que no me pertenece. ¡Da igual! No la quiero. No quiero morir anhelando el recuerdo de una existencia mejor, ni suspirar tras el vano recuerdo de la dicha que no volverá jamás.

Han pasado diez días. Hace tres minutos que el reloj marcó las 23:58. Es tarde. Ya no puedo más, los ojos se me cierran solos. Sigue siendo de noche. Nada pasa en la inmensa oscuridad...

---

Han pasado cinco horas y cuarenta y siete minutos desde que ella cerró los ojos por última vez refugiándose en un mundo onírico. Yo tampoco me lo puedo creer. Hoy es el último día. Después de todo el tiempo que hemos estado aquí, en esta habitación, juntas. Pero el reloj no valorará eso. Como cada noche, la observaba en silencio. Nunca hemos mediado ni una sola palabra. Aunque ella, tan sola y sin futuro, sabe que yo siempre he estado ahí, acompañándola en la lejanía. No es suficiente, lo sé, pero ¿qué podía hacer yo?

La iban a matar, no había esperanza, no en este sitio. He visto cosas horribles, cosas que nadie debería ver, cosas que mi mente ha bloqueado en el límite de la locura. Uno no elige su suerte; pero de haber podido, no habría escogido este entorno para vivir. Mi historia es aburrida y, sinceramente, no es interesante. Digamos que alguien me eligió para estar aquí, y cuando la obsolescencia programada determine mi final, me cambiarán por otro más nuevo y bonito. No pasa nada, en teoría no tengo sentimientos. En teoría. Bueno, es cierto, no los

tengo, o no debería al menos. Digamos que soy un poco diferente, no conozco a nadie como yo, al menos no que yo sepa, pero como ya he dicho no voy a hablar de mí.

Cuando todo empezó, no había diferencias físicas entre ellos, exceptuando el tamaño y el género. Poco después nacieron nuevos miembros. Fueron aceptados sin ningún problema, nadie se atrevió a comentar nada al respecto, ni siquiera a mostrar ningún gesto despreciativo, pero ellos lo sabían, y yo también. Los integrantes recientes eran diferentes. Ni tan siquiera uno de los primeros veintidós descendientes era exactamente igual a su progenitor. Era el comienzo de una serie de horrores que no recuerdo. Conforme los días avanzaban, la heterogeneidad fue reinando en aquel espacio cautivo, donde se habían acostumbrado a una vida inerte. Todos los días seleccionaban a varios. ¿Su destino? A los más afortunados les tocaba una muerte tranquila, a los otros... Bueno, al principio sus gritos me atormentaban en los momentos de soledad, luego dejaron de hacerlo, simplemente se retorcián de dolor esperando ser algún día los elegidos, uno de esos privilegiados que ya no tendría que volver a sufrir.

Y así, una tras otra descansó finalmente, todas excepto la más joven, cuya albina mirada reflejaba la crueldad más absoluta. Mírala, ahí yace tranquilamente, pero algo tengo que hacer, es hora de tomar partido, de ayudarla, de llenar esta vida vacía que me ha tocado vivir. Estoy Intentando avisarla de todas las maneras posibles, pero no hay respuesta. Hasta que de repente se empieza a mover. ¡Es el momento! Le hago señas con todo el ímpetu posible hasta que, por fin, se da cuenta, pero hay un problema. La hora. Son las 7:31 de la mañana.

–¿Hola? –Pregunta extrañada de repente.

–¡Huye! ¡Sal de ahí! –Exclamo con ansia.

–No puedo, ya lo he intentado todo –me responde cabizbaja.

–Hay una oportunidad, pero solo una. Cuando vengan, yo les distraeré, aprovéchalo para salir de ahí, corre lo más rápido que puedas y no mires atrás, solo tenemos una oport...

Un rayo de luz atraído por el amanecer me enmudeció. La claridad hacía que mi débil luz no se percatara en la lejanía, no pude terminar la frase, espero que me haya entendido, esta vez va a ser diferente, esta vez hay esperanza.

---

–Y esto ha sido todo por hoy. Recuerden que mañana a las ocho y media se cierra el plazo para la entrega de las prácticas, no lo dejen para última hora porque no voy a dar más tiempo. Nos vemos la próxima semana.

El docente se apresuró a la salida ante la atenta mirada de los alumnos que lo veían dejar la clase a trompicones, mientras terminaba de encajar sus cosas en el maletín. No era un día normal, y eso lo sabía tanto él como cualquier persona que lo tratara durante un breve periodo de tiempo. Estaba nervioso, descentrado y sus ojeras denotaban una imperiosa necesidad de descanso.

El doctor Bolaños era genetista pediátrico en el Hospital Universitario Insular de Gran Canaria y profesor adjunto en la Facultad de Medicina de la ULPGC. Cuando terminó la licenciatura, se especializó en pediatría en España y a los seis meses de terminar se fue a Holanda donde hizo el máster en genética. Cuando terminó, recibió una oferta de trabajo en la que le ofrecían un equipo de I+D+I dirigido por él en su isla natal que no pudo rechazar.

–Hola, Basam, ¿me pones un café para llevar?

–¡Hombre, Javier! ¿Largo?

–Bueno... Oye, ¿cómo está tu niño?

–¡Buff! Me ha suspendido cuatro. Yo ya no sé qué hacerle. La profesora dice que es muy listo, pero que es un gandul. ¿Y tú qué, ya terminaste la investigación esa?

–El lunes presentamos los resultados, hoy es el último día de laboratorio. Por cierto, ¿tienes hora?

–Toma, aquí lo tienes. Sí, son las nueve y diez pasadas.

–¡Genial! Te dejo, que el curro me espera.

–Hasta mañana, y no te estreses mucho –bromeó.

–No te prometo nada –se despidió con picardía.

Javier salió de la cafetería y se sentó bajo un discreto rayo de sol en uno de los rosados bancos característicos del campus de San Cristóbal, que tan bien venía en esas horas de insomnio, donde se quitó la gorra que fielmente le acompañaba desde hacía algunos años. En el *maremágnum* de ideas que tenía, levantó la cabeza y vio el nuevo Edificio Departamental y de Investigación de Ciencias de la Salud al que le habían trasladado hacía dos meses y medio. Antes de levantarse se dispuso a beber el último sorbo de café, momento en el que vio que una pequeña mosca se había caído dentro, y lejos de tirarlo a la basura, sacó como buenamente pudo al pequeño insecto de la bebida y lo puso en el banco donde levantó el vuelo minutos más tarde.

–¡Qué cruel ironía! –Exclamó.

Se terminó lo que le quedaba en el vaso de plástico y se dirigió con paso firme al nuevo edificio con la sensación esperanzadora de que todo iba a cambiar, pero antes de entrar recibió una llamada.

–¿Sí?... Dime... Ahora no puedo... Ya sé que soy su padre, pero hoy es el último día de laboratorio... ¿Pero no te puedes quedar tú con la niña?... ¿Cómo? ¿Qué estás aquí?... ¿Dónde?... ¿Cómo te atreves a traerla un día como hoy, sin decirme nada antes?... Mira, ¿sabes qué? Da igual, ya voy.

La persona que estaba al otro lado del teléfono era su exmujer. Se habían divorciado hacía dos años, cuando la pequeña Daniela tenía tan solo cuatro. No había sido una separación sencilla y desde entonces su relación había sido un continuo tira y afloja.

–¡Hola, cariño! ¡Uy, Pero que grande estás ya!

–Sí, hace semanas que no vas a verla. Te echa de menos, ¿entiendes?

–No vamos a tener esta conversación también aquí, tú mejor que nadie sabes a la presión a la que estoy sometido y por qué estoy haciendo esto.

No hubo más respuesta que un gélido gesto de desaprobación y tristeza a la vez.

–Adiós cariño, pórtate bien –le dijo a la niña antes de mirar a su padre—. Disfruta de ella ahora antes de que sea tarde. Llámame luego y dime a qué hora vas a llevarla a casa.

Un leve movimiento de aceptación con la cabeza finalizó la conversación. Tanto el padre como la hija caminaron en silencio hasta llegar al laboratorio alojado en la segunda planta de la reciente edificación destinada a la investigación, entre otras cosas. Al entrar, el padre se sentó en una de las sillas y empezó a leer documentación, mientras que la niña, expectante, observaba los raros objetos y animales que allí se encontraban.

–¿Cómo se llama? Rompió el silencio de repente la pequeña Daniela.

–¿Quién? –Respondió el padre sin levantar la mirada de los papeles.

–Parece que está asustada... –Le dijo tocando el cristal de la urna.

El doctor se levantó entonces para ver mejor a lo que se refería su hija.

–No tiene nombre, simplemente es una mosca a la que estamos investigando.

–¿Y por qué no?

–Porque no piensa, ni tiene sentimientos.

–Pero...

–Daniela, no, sin más.

–Pues yo la voy a llamar Blanca.

–¿Blanca?

–Sí, por sus ojos.

Incrédulo, el padre volvió a su escritorio donde estuvo pasando hojas durante dos horas más. Tiempo que la pequeña niña utilizó para jugar y cotillear a su antojo en aquel lugar tan peculiar. Hasta que de repente, Javier se levantó de la silla y se encaminó hacia la urna ante la atenta mirada de su hija.

–¡Yo quiero jugar con Blanca! –Exclamó de repente.

–No Daniela, lo siento –dijo el padre con tristeza mientras se acercaba a la urna.

Después de mirar a la insignificante Blanca durante unos segundos, abrió la pequeña trampilla para cogerla, momento en el que un microscopio alojado en el fondo de la habitación se cayó al suelo generando un gran estruendo.

–¡Bieeen! –gritaba la niña que corría por todo el laboratorio detrás de la mosca que acababa de escaparse.

Una hora y cuarto fue el tiempo que tardó el doctor Bolaños en coger a la pequeña Blanca. Tiempo en el que las luces del pesado microscopio, aún en el suelo, parpadeaban arrítmicamente.

–¡Ya te tengo! –exclamó el padre de la niña mientras la metía en una urna más chica y presionaba un lumínico botón de color rojo.

Al principio la mosca se movía con desesperación, pero poco a poco dejó de mostrar actividad. Daniela empezó a llorar y a patalear cuando se dio cuenta de la situación.

–Lo hago por ti, algún día lo entenderás.

---

Habían pasado trece años desde la muerte de la pequeña Blanca. Era un día normal, como otro cualquiera, hasta que dejó de serlo. Daniela se disponía a salir de su casa para ir a la Facultad de Derecho en el campus de Tafira como cada mañana, hasta que un fuerte golpe y un grito alertó a su madre.

–¿Qué pasó? ¿Estás bien? –le preguntó preocupada.

–¡No veo!, fui a abrir la puerta, pero no encontraba la... Luego no, no sé cómo...

–Tranquila... –dijo su madre— Tenía la esperanza de que esto ya no pasaría –le contestó a la vez que cogía el móvil para hacer una llamada.

–Hola, David. Sí. Vale, en veinte minutos estamos ahí.

Llegaron un poco antes de lo esperado al Hospital Insular, donde ya las estaba esperando un equipo médico con una camilla. Varias horas más tarde el doctor fue a verlas a la habitación provisional que les habían proporcionado. No traía buena cara.

–Bueno, Daniela, te cuento. Yo soy el doctor David Saborido; como sabes, era muy amigo de tu padre, y su muerte fue un duro palo para todos. Sé que te dijeron que falleció debido a un cáncer, y no es del todo mentira. Lo cierto es que a tu padre le detectaron el síndrome de Cowden cuando tú eras un bebé. Esta enfermedad es de origen genético y se



transmite según un patrón autosómico dominante. Las personas que la padecen carecen de un gen que es una protección contra las células cancerosas, por lo que les suelen aparecer tumores en prácticamente todas las partes blandas. Como te dije antes, se transmite genéticamente y tu padre lo sabía. De hecho es una de las pocas cosas que se conoce sobre esta enfermedad. Tú habías nacido hacía poco, y aunque tu padre estaba seguro de que iba a morir, no dejó de luchar hasta el último momento, pero no por su vida, sino por la tuya, ya que había una alta posibilidad de que a ti también te tocara. Así pues, reunió a su equipo de investigación, una docena de especialistas de la ULPGC entre los que me encontraba, y empezamos una carrera a contrarreloj. A los pocos años habíamos descifrado el mapa genético de la *Drosophila melanogaster*, comúnmente conocida como la *mosca de la fruta*, ya que el 75% de nuestros genes vinculados con enfermedades tienen su igual en ésta. No tardamos mucho en empezar a generar diferentes tipos de mutaciones en diversas moscas de la misma especie para entenderlo mejor.

–Los ojos blancos... –susurró la joven.

–Por desgracia, tu padre murió poco tiempo después, pero nosotros hemos seguido con este proyecto y hemos avanzado mucho. No va a ser fácil, pero tienes una oportunidad. Hemos confirmado que tú también tienes esta enfermedad, pero está empezando. Tan solo tienes una decena de tumores que en principio parecen benignos, uno de ellos en tu ojo derecho, de ahí la ceguera temporal.

–Durante toda mi vida había generado odio, un odio de esos que abrasa. Lo odiaba por no quererme, por su frialdad y por morirse antes de haberle dicho te quiero, y ahora...

–Tu padre te quería, Daniela, era un buen hombre. Solo pensaba en tu salud día y noche, eso acabó con nuestro matrimonio, es cierto, pero salvará tu vida –le respondió la madre.

Una mosca se posó delante de todos.

–¡Qué cruel ironía! –Suspiró la adolescente con la voz entrecortada.